

ALARMA

F.O.R.

(Grupo Español)

35 ptas.

TERCERA SERIE número 7
VERANO-OTOÑO 1979

*PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS
SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO*

El Atolladero

España no ha pasado de la dictadura a la democracia burguesa. Tampoco podía pasar, ni pasará jamás, porque las causas económicas y sociales de su establecimiento pertenecen al pretérito. La existencia de una clase burguesa cuyos capitales requieran, para ser explotados sin trabas, una ordenación social en ruptura con la anterior, hizo necesaria o compatible con ella las libertades políticas llamadas hiperbólicamente democracia. Alcanzada en unos países por revolución, en otros por evolución, las bases de ella era la libertad de explotación y el dominio político de los capitales privados. Una vez llegados éstos a la tremenda concentración en monopolios y Estado, quedan restos de democracia burguesa en los países que la institucionalizaron a tiempo, pero ningún otro encuentra en lo sucesivo las condiciones exigidas para hacer otro tanto. Cuando un país no ha hecho lo que correspondía en la etapa que correspondía, se le convierte en inalcanzable en lo sucesivo, cualesquiera sean las causas de su fallo. No puede en tal caso marchar adelante sin saltar a la etapa histórica siguiente. Luego cuantos hablan de institucionalización o perfeccionamiento de la democracia burguesa en España mienten y están preparándonos otro descalabro.

El decenio 30 constituye sobrada demostración y el más brutal de los escarmientos. El empeño en oponerse a la revolución socialista, la etapa siguiente ala del capitalismo, acarrió 40 años de sangrienta tiranía. Después de lección tan explícita como caramente pagada, ¿qué estamos presenciando? Los mismos partidos del ex-Frente Popular, vuelven a obstinarse en pro de la democracia burguesa, cuando su imposibilidad histórica es muchísimo mayor después de haber andado ellos mismos largo camino a la derecha. Gracias a sus medios económicos importantes, desde las primeras grandes huelgas bajo pleno terror franquista, en 1962, empezaron a intervenir en ellas, lo que no podía dejar de granjearles simpatía y popularidad. Pero, a medida que las huelgas se multiplicaban, se radicalizaban y tendían a convergir en un movimiento conjunto en escala regional y nacional, la intervención de dichos partidos y sus sindicatos en cierne fué mostrando la hilacha de su propósito antirrevolucionario. Ganaron así la tolerancia de los sindicatos falangistas, de los representantes del capital y de la propia dictadura. Y no hablemos de sus pasteles con el clero, el verdadero partido, el cerebro de los explotadores peninsulares.

Los trabajadores españoles dieron en los años siguientes muestras de una combatividad y de un espíritu de solidaridad tan excepcionales, que causaron la admiración de toda Europa. Podía esperarse de ellos el máximo, el derrocamiento directo de la dictadura por la revolución proletaria. En lugar de eso, y todavía bajo Franco, los partidos y sindicatos en cuestión iniciaron una labor de zapa de la acometividad proletaria que iría hasta la ruptura descarada de huelgas y la agresión física a los obreros más rebeldes. El consenso en el Pacto de la Moncloa fué su coronamiento, pero de hecho existía mucho antes, y continuará existiendo en permanencia, por muchos estiras y aflojas que se produzcan entre los firmantes. Todo en nombre de la táctica: (no asustar al ejército y a los acérrimos fascistas) a fin de que acepten el establecimiento de la democracia burguesa. Así ha sido doblegada la

calse obrera, por el momento al menos, y se le ha echado encima a todo el país un régimen híbrido, franquista en lo esencial, democrático-burgués de fachada. Y la fachada la componen, está ya visto, los partidos y sindicatos que han contribuido decisivamente a su advenimiento, y que monopolizan lo que han convenido en llamar «libertades obreras». De todos modos, se trata de un régimen sin porvenir.

Los enemigos del capitalismo, clase obrera en punta, no sólo no se sienten libres, sino que se ven metidos en un atolladero inmundado, económica y políticamente prisioneros entre el gobierno y sus partidos y sindicatos, la falsa izquierda oficial. Ahí ha venido a parar, gracias a las manipulaciones de éstos, aquel soberbio empuje revolucionario que tanto prometía, y tantas esperanzas sucitó.

El resultado de las últimas elecciones constituye un NO rotundo, un bofetón asestado en plena cara a todos los señores del consenso. El cuarenta y tantos por ciento de abstenciones, a despecho de tantísima grito: ¡«Votad, votad por quien sea, pero votad!»!, significa que más de la mitad de la población, teniendo en cuenta el número elevado de jóvenes no inscritos, repudia por igual a todos los partidos concurrentes al comicio. La mayoría está contra ellos, y esa mayoría es mucho más elevada en la clase obrera que en otros estratos sociales. Era el único lenguaje utilizable, dada la absoluta imposibilidad de expresarse por televisión, radio, prensa de gran circulación, o siquiera de organizar mítines.

Como revolucionarios que hemos preconizado la abstención, nosotros nos regocijamos de ese resultado electoral. En él y en sucesos como los de Parla y las huelgas desmandadas de los sindicatos, se descubre una gran reserva de combatividad, ideológicamente desorientada, metida en una situación difícil, pero no derrotada, pues en realidad todavía no ha entrado en liza, por sus propios fueros y objetivos. Una cosa no admite duda, sin embargo: para salir del atolladero actual, le es imperativo desembarazarse del patronato que la falsa izquierda ejerce ley mediante, sobre cada uno de sus movimientos. De lo contrario, el nudo corredizo formado por gobierno y «oposición» político-sindical irá apretándose hasta inmovilizarla en el atolladero actual; la perspectiva revolucionaria volverá a perderse en la lejanía como a finales del decenio 30, y los explotados se verán en la imposibilidad de declarar siquiera una huelga sin escolta sindical.

Huelgas y acciones de lucha en pugna con los sindicatos, no dejarán de surgir aquí y allí, seguramente de mayor envergadura que todas las anteriores. Algunas irán hasta romper el vallado puesto por los sindicatos, pero entonces los sindicatos maniobrarán, radicalizarán sus discursos y harán a los obreros el máximo de concesiones, con tal de que no se les escape el encuadramiento y la dirección de los huelguistas. La clase obrera debe saber que en manos sindicales cualquier victoria suya se le convertirá en derrota y desmoralización. Su problema más urgente consiste en independizarse de la castradora tutela sindical, tomando directamente a su cargo, en cada unidad de producción, cualquier trato que se haga necesario con el capital. Una vez arrancado el grillete sindical, no sólo las huelgas y movimientos políticos defensivos tomarían un carácter netamente obrero, sino que quedaría abierto de par en par el camino a la revolución socialista. La clase trabajadora sacaría a todo el país del atolladero actual, y en su lodo se hundirían aquellos mismos que lo han creado y tienen el máximo interés en conservarlo.

Reflexiones sobre la Huelga de Sanidad

Con la perspectiva que confiere el tiempo transcurrido y la experiencia que los hechos posteriores nos proporcionan para evitar un juicio prematuro o apasionado de una huelga recién vivida, un grupo de compañeros de Sanidad hemos hecho unas reuniones donde hemos intentado analizar la huelga «a posteriori». Las conclusiones a que hemos llegado (mezcladas con datos cronológicos para facilitar su comprensión) están aquí reunidas.

Su publicación nos parece interesante; ninguna experiencia de lucha es desaprovechable y menos una experiencia como la nuestra en la que —como se verá— la lucha no sólo se plantea contra un patrón (el Estado) o sus representantes (los Directores de los diferentes centros de la Seguridad Social) sino también contra quienes eran teóricamente nuestros representantes (los Sindicatos y la Comisión Gestora Nacional, su instrumento).

El día 28 de Enero, el Comité de Empresa, salido de las últimas «elecciones-negociaciones», teórico representante de unos trabajadores que en su mayoría se abstuvieron de votar, convoca una asamblea en la que informa por vez primera a los compañeros del turno de 12 horas de que:

Existe una Comisión Negociadora Nacional (el Comité Nacional Mixto) que está discutiendo con el I.N.P. (Instituto Nacional de Previsión) una plataforma reivindicativa. Esta Comisión «nacional» creada al margen de los trabajadores, sin su voto y consentimiento, ha elaborado una plataforma reivindicativa en la que paradójicamente el primer punto es que se reconozca su «derecho a negociar como representantes de los trabajadores». El resto de puntos son: Derogación del decreto ley contra la huelga, aumento salarial de un 16%, aumento de plantillas y derechos sindicales.

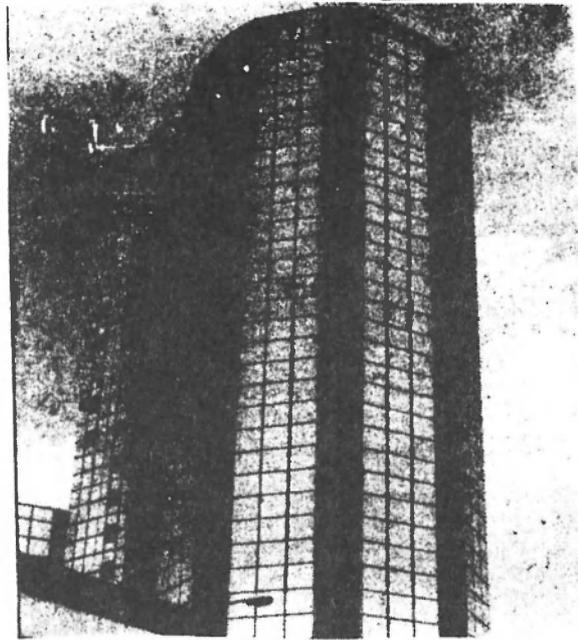
El Comité de empresa solicitaba en nombre de la comisión nacional que los trabajadores apoyásemos con un día de huelga la tabla reivindicativa y sancionásemos así su gestión. La asamblea fue tensa; en primer lugar se puso sobre el tapete la cuestión de la creación del comité nacional, se negó su representatividad y se criticó su plataforma y el modo de elaborarla (sin contar con los trabajadores para nada). Sin embargo, dado que algunos de los puntos, en concreto el aumento salarial y el aumento de plantillas eran efectivamente reivindicaciones reales se optó por seguir la huelga pero sin darle un carácter de «presión» como pretendía el comité nacional mixto y defendían en la asamblea los miembros de CC.OO. pertenecientes al comité de empresa sino como lucha efectiva en defensa de los puntos de la plataforma que hacemos nuestros.

Esta postura de los trabajadores provoca discusiones en las asambleas siguientes; los miembros del comité de empresa intentan imponer los criterios de la Comisión nacional a los de los trabajadores y las críticas de éstos van dirigidas contra los sindicatos y su protagonismo por encima de las decisiones obreras.

La situación se prolonga; el comité de empresa que se había visto obligado a comprometerse a informar de lo que sucediera a nivel estatal, se guarda la información intentando así poseer la totalidad de los datos para maniobrar las asambleas.

Para el comité en Madrid y en el resto de España no pasa nada; la lucha de los compañeros de sanidad es conocida en las asambleas por otras fuentes informativas.

El 4 de Febrero se comenta el decreto ley de militarización de los hospitales con consecuencia de la lucha de Madrid (el punto más agresivo del país en aquellos momentos); la postura del comité de empresa, siempre en la línea de manipular la información es la de negar que exista lucha; según ellos, una vez conseguido que el INP acepte discutir con el Comité nacional, la normalidad es absoluta.



A partir de este momento se añaden a los puntos reivindicativos dos nuevos: derogación del decreto ley de militarización y libertad de los compañeros de Madrid cogidos por la policía.

La ruptura y denuncia de los miembros del comité de empresa se produce el día 14 de Febrero. Las manipulaciones de CC.OO. y sus «compinches» provocan el rechazo de la asamblea que, a pesar de ellos, decide la huelga general.

A partir de este momento hasta el final de la huelga, CC.OO. se mantendrá en su postura de ser contraria a la huelga y sus elementos aisladamente participarán en las asambleas para boicotearlas.

La asamblea decidió, pues, la huelga total salvo los servicios de urgencia. La lucha, nacida a remolque de las negociaciones de Madrid, se estanca y adquiere prioridad en ella la libertad de los compañeros detenidos.

Lo importante es que desde este momento es la asamblea la que decide en cada día, por medio de piquetes espontáneos, la solución a los problemas que plantea una situación tan difícil como es una huelga en la Seguridad Social.

Precisamente para demostrar su talante auténticamente obrero, la asamblea de trabajadores fomenta la participación de enfermos y de familiares, rompiendo con la imagen de una sanidad al margen del poder de decisión de quienes la costeamos, los trabajadores.

El resto, el que la huelga terminase prácticamente el día 22 es lo menos importante; tampoco lo es el que las reivindicaciones se lograsen por medio de la comisión nacional (una auténtica fantasmada de los sindicatos) gracias a nuestra lucha.

- Lo realmente importante de esta experiencia es:
- señalar la manipulación de los sindicatos al crear organismos sin representación real (ellos mismos no la tienen)
 - denunciar la demagogia utilizada para inventarse plataformas reivindicativas donde al lado de reivindicaciones reales añaden las que sólo a ellos interesan (representatividad, libertades sindicales, etc.)
 - aprender por propia experiencia que los delegados sindicales defenderán siempre las directrices de sus líderes por encima y en contra de las decisiones de las asambleas de los trabajadores.
 - aprender de una vez por todas que la asamblea de trabajadores es capaz de solucionar todo tipo de problemas prácticos que se planteen sin necesidad de que existan organismos burocráticos que dirijan todo: la lucha o la normalidad.
 - ver la eficacia de hacer colaborar a los trabajadores (enfermos y familiares) en las decisiones que les afectan: la sanidad.

NOTICIAS DE LOS EE.UU.

(informe de un compañero americano)

Desde las huelgas de las minas de carbón de 1977-78 lo que caracteriza principalmente a la totalidad de las luchas obreras de la industria es el creciente rechazo de los sindicatos por parte de los mismos sindicados.

El cambalacheo entre los burócratas sindicales y los patronos a fin de manipular y reprimir el descontento de los obreros ha puesto de manifiesto a todos los trabajadores —excepto a los cuadros sindicales corrompidos— que los sindicatos no prometen nada para defender a los obreros sea en cuanto a la rápida caída del poder adquisitivo de los salarios como al totalitarismo (imposición) del lugar de trabajo.

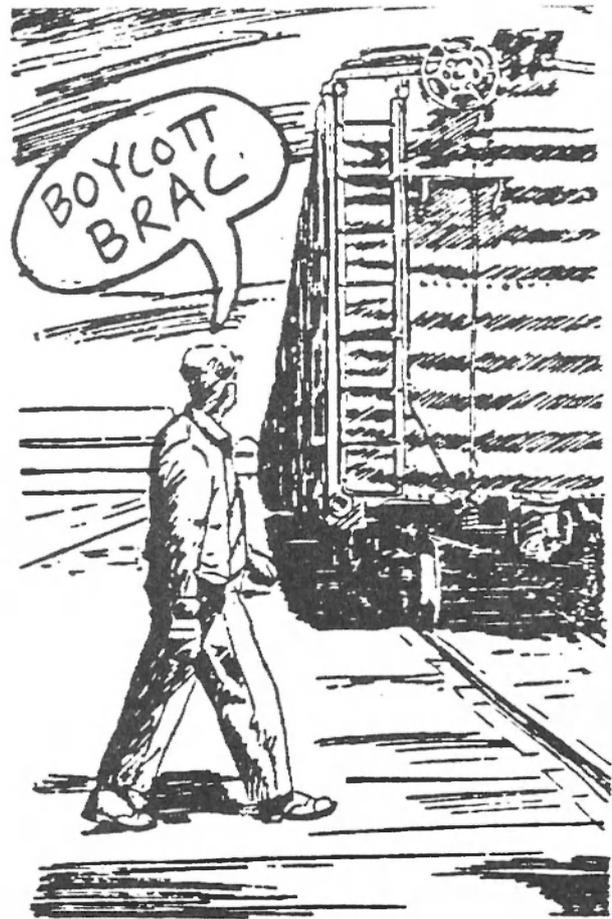
Lo que es preciso comprender ya hoy es que no existe otra salida para los sindicatos. La participación de los sindicatos en el descenso del nivel de vida de los obreros por medio del paro cada vez mayor y de la inflación es inseparable del papel de los sindicatos como agentes de la venta de la fuerza de trabajo.

Es más, hay que comprender que una hipotética alza de salarios conseguida por vía sindical tiene como consecuencia inevitable el aumento de la explotación de los obreros, o lo que es lo mismo, mayores beneficios para los patronos ya que el aumento de salarios significa inevitablemente una mayor subordinación y un mayor control por parte de los patronos.

La huelga minera —la primera gran escaramuza— fue el único episodio en este tiempo, que caracteriza una rebelión patente de los obreros contra los burócratas sindicales. Después de ella todos los intentos de ruptura con el «consenso social» han sido abortados por los sindicatos. Este éxito de los sindicalistas se ha tornado en contra suya. El espectáculo de la continua alianza entre patronos y sindicatos ha conducido a que millones de obreros aborrezcan los sindicatos. Ellos mismos con su actuación han abierto un camino para que los obreros aceptemos un programa de ataque revolucionario del capitalismo, programa que empieza necesariamente por un rechazo revolucionario de los sindicatos. La insuficiencia radical de los tradicionales sindicalistas, izquierdistas o políticos empieza a desvelarse en algunos conflictos importantes. Por ejemplo durante los 10 días de huelga nacional de los camioneros, (que abarcó a los obreros de ferrocarril y que produjo también despidos en la industria del automóvil) la principal «oposición» se agrupó en el sindicato de camioneros, los Camioneros por un sindicato Democrático (Teams ters for a Democratic Union, TDU) que llegó a ser controlado por los Socialistas Internacionales de Tony Cliffoid y fue capaz de atraerse la atención de gran parte de la clase obrera. Los obreros sindicados, en todo el país, consideraron al TDU como su guía. Pero el TDU nunca aportó iniciativas ya que su programa es fielmente sindical, tanto, que le llevó a adoptar una actitud «humilde» durante la huelga «a fin de no boicotear la unidad».

En cuanto que la TDU no tiene nada nuevo que decir respecto al sindicalismo en sí, su programa sólo consiste en una tímida crítica de la evidente corrupción personal de los líderes burocráticos. Un texto del TDU, distribuido en los principales garajes de camiones de la región de la Bahía de San Francisco, proponía eslogans como: «La base debe luchar por un convenio decente por que Fitz (Fitzsimoons, líder del sindicato de los camioneros) no lo hará». Toda la estrategia del TDU se limitaba a llamar a la base para que empujara hacia la izquierda a los burócratas sindicales. No era esto lo que los obreros querían oír, por esto TDU malgastó su buena «voluntad» aportada a la lucha.

Las huelgas sólo pueden vencer contra los sindicatos y los «kizquierdosos» que intentan ocultar esta verdad no merecen más que el desprecio de los trabajadores.



NO NEWS POB 26481 SF CA 94126

TDU salió de la lucha debilitada y con una reducida audiencia como fruto de su falta de voluntad de luchar contra las ilusiones sindicalistas. La oposición de los diferentes rangos o categorías de «sindicados» no se polarizó durante la lucha en torno a los socialistas de la TDU sino en torno a los obreros de la descarga del acero en las industrias de base del Nor-este. Los descargadores hicieron caso omiso de la orden de la dirección internacional del sindicato de los camioneros para volver al trabajo y su oposición fue lo bastante firme como para que la dirección internacional acordase formalmente una aprobación oficial de la huelga de los descargadores de acero. Dejando agotarse por sí solos a los obreros la dirección internacional reafirmó su control.

Los descargadores no ganaron nada a pesar de que la resistencia de los descargadores a poner fin a la huelga (fir negociado por el sindicato) fué dictada únicamente por sus intereses corporativos (sus condiciones de trabajo se fijan con unas normas diferentes del convenio nacional de los camioneros), los descargadores fueron considerados por el resto de camioneros como sus representantes frente a la dirección internacional del sindicato. Significativamente, los descargadores, cuya huelga nacional salvaje del año anterior se caracterizó por enfrentamientos armados en diversos puntos del país, han conseguido organizar un sindicato clandestino que trabaja en el interior del sindicato de los camioneros, la «Fraternal Association of Steel Haulers» (FASH).

Los descargadores han vuelto a perder por que la oposición a los burócratas en el interior de los sindicatos y/o a través de sindicatos dobles no puede consolidar la posición de los obreros. Los obreros deben abandonar los sindicatos y combatirlos.

Hasta que no estalle una auténtica revuelta anti-sindical generalizada entre los trabajadores, continuarán declarándose huelgas como las que hemos visto desarrollarse después de la huelga del carbón. Los obreros deben superar y superarán su relación negativa respecto al sindicalismo para llegar a una confrontación activa.

Aparentemente, las relaciones de clase en los EE.UU. están controladas. En realidad, la crisis general de las relaciones sociales maduran continuamente. La credibilidad del gobierno capitalista ha sido deteriorada por el accidente nuclear de Three Mile Island. La cólera de las masas contra el poder de las grandes compañías se ha visto reforzada por la rápida inflación y los beneficios abusivos, particularmente en California donde la gasolina ha aumentado un dólar cada casi cuatro litros. La combinación de la inquietud frente al poder nuclear y la rabia contra los monopolios petrolíferos podrían llevar a los EE.UU. a un enfrentamiento de clases muy grave. En estos momentos, por primera vez en la historia de los EE.UU. se ha planteado la nacionalización de la industria más importante, la petrolífera... y, consecuentemente, gran parte de los líderes sindicales «socialistas» van a quedar «retratados». Se presenta a los auténticos revolucionarios de los EE.UU. una oportunidad favorable. Se debe denunciar despiadadamente el papel de los sindicatos como guardianes de la paz social y frente a las propuestas de nacionalización de las industrias debemos oponer nuestros argumentos para conseguir la toma de la industria por los obreros mismos

Esto implica como absolutamente necesario una amplia intervención en los lugares de trabajo, planteando la revolución como respuesta a la tiranía de las empresas y del estado, las asambleas y comités como alternativa a los sindicatos.

La gran tensión política que existe actualmente en los EE.UU. queda patente en el mitin antipolicíaco de San Francisco del 21 de Mayo. Escuetamente: en el otoño pasado Dan White, policía y empleado municipal, asesinó al alcalde de San Francisco, George Mascone y otro empleado, Harvey Milk. Este último era el primer funcionario público elegido en San Francisco que se declarase abiertamente homosexual; el acto de White ha sido considerado como un ataque al estilo «pogrom» contra los homosexuales.

El 21 de mayo se acabó el proceso contra el asesino con un veredicto de homicidio voluntario y una sentencia de cerca de tres años de cárcel. La reacción de toda la comunidad radical y liberal de San Francisco, incluida la mayoría de los obreros jóvenes fué al mismo tiempo de incredulidad y de sentimiento de injusticia ante el hecho de que un policía pueda cometer un acto terrorista y quede prácticamente impune mientras que si un homosexual, un negro, uno de habla hispana, un obrero o cualquier persona pobre hubiese asesinado al alcalde hubiese existido una gran acción represiva contra él. 5.000 personas se manifestaron hasta la alcaldía (City Hall) donde rompieron los vidrios, incendió el sótano, se armaron con barras de hierro se enfrentaron a la policía a la que hicieron retroceder por tres veces y quemaron unos 20 coches, en su mayoría de policías. El contraataque definitivo de la policía, violentísimo, dió lugar a una explosión de violencia en la calle principal de la ciudad, la Market Street, donde quedaron rotos casi todos los vidrios de los bancos y de los grandes almacenes. El enfrentamiento entre manifestantes y policías duró toda la noche.

Volviendo de nuevo al tema de los sindicatos, debemos añadir que el «Wall Street Journal» de 29 de Mayo anunció que la mayor empresa de carbón de los EE.UU., la Consolidation Coal se ha retirado de la Bituminous Coal Operators Assn, el grupo industrial de negociación, para firmar un convenio particular con el sindicato minero UMW. Consolidation Coal afirmó que no pudiendo soportar una nueva huelga pensaba que un acuerdo con el sindicato le aseguraría la productividad. En otras palabras, demostró que los capitalistas necesitan de los sindicatos, y que esto es cierto a pesar de lo que digan teóricamente contra ellos.



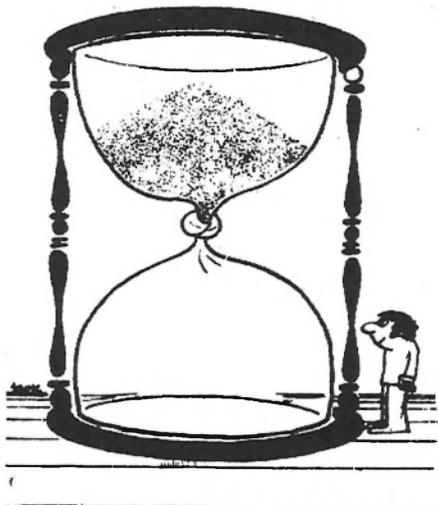
NOTICIAS DE NINGUNA PARTE

1— Los convenios colectivos que últimamente se firmaron entre la patronal y los sindicatos (es curioso el ver que los obreros ya no contamos para nada) se basaron en unos acuerdos que, quiérase o no, estaban ya implícitos en las conversaciones televisivas de Abril Martorell, Camacho y Redondo. El aumento se hizo en base a los teóricos aumentos de precio que aseguraba el gobierno. El aumento de la gasolina, de la leche, de la electricidad, del teléfono, etc. etc. etc. va a provocar en cadena un aumento terrorífico de todos los precios.

Según los sindicatos se prevé un «otoño caliente». Es cierto: con su consentimiento nos van a seguir dando de hostias por todas partes.

Como solución se planifican ya «huelgas escalonadas» y otra intervención televisada de los dos líderes... ¡No. Por favor: que suban lo que quieran pero que no hablen!

3— Santiago Carrillo, alias el demócrata de toda la vida, se nos ha descolgado ahora con una afirmación en la que enmienda la plana a Carlos Marx. La religión ya no es «el opio del pueblo». Para el líder «comunista» los tiempos han cambiado; quizás está en lo cierto y el «opio del pueblo» sea su jesuítico eurocomunismo por lo que tiene de pacifista lameculos y comecocos. Lo que no puede negar es que es más grave casi el creer en él que en el dios tonante del Sinaí. De todas maneras el decálogo y su programa tienen bastante en común: obedecer a quien sea sobre todas las cosas.



2— ETA se dedica ahora, al igual que en los tiempos cavernícolas del franquismo a boicotear el turismo extranjero. Bombas en Marbella y terrorismo en la costa. Como contrapartida los trabajadores del gremio de hostelería de Marbella han montado un servicio extraordinario (en horas de descanso, por supuesto) de vigilancia de la playa; con prismáticos y todo. Movimiento extraño que ven, zas, aviso a la guardia civil.

No sabemos qué es más deprimente, si la ETA con su ancestral juego a los poderes represivos y su incompreensión nacionalista de la lucha de clases o los trabajadores de Marbella haciendo de guardia civil.



4— Federica Montseny, la momia del anarcosindicalismo español hace días en una intervención ante jubilados dijo una frasecita encantadora: «Es preciso ir a una nueva revolución, a las huelgas salvajes y a las explosiones populares».

Solo nos queda el pedir que si esta revolución se produce, ella haya acabado ya de desintegrarse, si sigue viva corremos el peligro de que vuelva a vender la clase obrera a los intereses del capital como hizo al aceptar un cargo de ministro y traicionar a los obreros que en las barricadas de Barcelona luchaban en aquel glorioso Mayo contra los estalinistas.

Por la boca muere el pez y la historia no olvida; Federica chata, desaparece !!

IMPOSIBILIDAD DE DES

Antes que nada hay que afirmar, otra vez, la radical diferencia existente, en nuestro tiempo, entre desarrollo de la sociedad capitalista y crecimiento económico de la misma. Durante la larga época de su formación y apogeo uno y otro iban apareados, siquiera con oscilaciones. Mas observando de cerca no solo la experiencia moderna, sino también la de tipos sociales pretéritos, desde los albores del período neolítico, la disociación entre desarrollo y crecimiento aparece neta, hasta convertirse en ruptura, y continuada ésta el crecimiento económico corre en proporción a sí mismo el desarrollo social adquirido. No se trata de un corte brusco, localizable en fecha determinada, pero sí de algo bien perceptible en el curso de algunos decenios.

Una sociedad o tipo de civilización está en desarrollo mientras van ampliándose y propagándose los factores estructurales y superestructurales contenidos en su original impulso, aquellos que han constituido su razón de ser, su necesidad histórica, su justificación humana. Porque un tipo de civilización —vale decir una clase— nunca se ha formado y elevado al rango de dominante sino como representación positiva, siquiera incompleta, de todas las clases, incluso de las que cargan con la peor suerte. Su sistema ha de consentir a todos un mejor estar material, cultural, moral, una brizna siquiera de libertad relativamente a la situación anterior. Ese contenido es lo único que cabe llamar desarrollo social.

Lo hemos visto con gran claridad durante el ascenso de la sociedad capitalista. Más que ninguna otra civilización desde la aparición de las clases y del Estado ha acrecido ella la cultura general, la libertad política, las posibilidades nutritivas y cuanto toca a la producción y reproducción de la vida humana, sin mencionar la multitud de consecuencias buenas que trajeron consigo esos tres factores. El mayor dominio de la naturaleza característico de la civilización capitalista, aún siendo por y para la burguesía principalmente, repercutía más o menos en las clases pobres y explotadas.

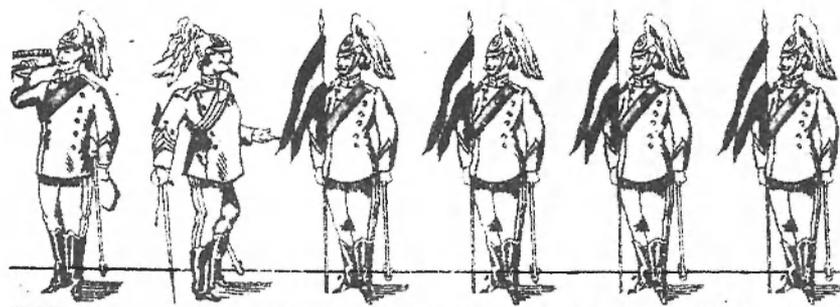
Del capitalismo actual ya no puede decirse lo mismo. Su dominio de la naturaleza, desde la física y la química hasta la genética y psicoanálisis, sigue aumentando. Pero en general ya no redundo sino en peoría para la gran masa de clases pobres. Se fabrican hoy metales tan resistentes que permiten a las cabinas espaciales atravesar las capas densas de la atmósfera, pero, desde la cacerola hasta el automóvil, los productos ofrecidos en el mercado son de una mala calidad calculada para obligar a renovarlos pronto; se sabe fabricar tejidos de duración más que vitalicia, pero el traje o las medias vendidos por decenas o centenares de millones están confeccionados para convertirse pronto en harapos; se sabe producir alimentos de excelsa calidad y pureza, pero se han vuelto incontrolables, manjar de potentados; para la gran masa, a partir del simple pan, productos adulterados, cuando no tóxicos, envueltos en plásticos que modifican su composición química; se sabe seleccionar especies animales de carnicería y establo del mejor abasto, pero el biftec, el pollo, el cerdo, etc. contienen las hormonas con que los animales han sido cebados artificialmente, mientras la leche es un agua-cirle empobrecido de las substancias más indispensables a la nutrición infantil; se pueden construir edificios de habitación más resistentes que una catedral, pero la casa o el apartamento del común de los hombres entran en ruina antes de terminados de pagar.

Complemento inseparable de lo anterior, la radio y la televisión, potentísimos instrumentos de información y de formación cultural, engañan y embrutecen premeditadamente y en todos los continentes a miles de millones de personas, siempre secundadas por la prensa cotidiana; en los centros de enseñanza técnica y universitaria, la juventud es canalizada y conformada según proyectos estatal-capitalistas, al paso que la calidad de la enseñanza va degradándose año tras año; el propio psicoanálisis sirve en fábricas, establecimientos de «orientación», publicitarios y policíacos, a operaciones repugnantes que rebajan la mente individual y colectiva.

No tendría fin enumerar todos los aspectos en que el capitalismo, (más precisamente dicho, para que el lector no excluya país alguno: la sociedad basada en el trabajo asalariado) está pervirtiendo la vida cotidiana, corrompiendo cuanto él mismo creó. Hay que completar sin embargo el rápido esbozo anterior señalando dos aspectos aún más graves. El primero es la condición actual de la clase obrera, esclava del trabajo y del sueño, sin tiempo solaz

en esta época de automatización, sin ninguna libertad en la fábrica, cuartelariamente disciplinada y vigilada por el trío capital, sindicatos, Estado, que por añadidura la someten al destajo, la forma más vil de explotación; obligada para evitar la miseria, a someter al torbellino de esa misma explotación la mujer además del marido; privada de oficio por el «trabajo en briznas»; siempre a merced de la programación dirigista; cada vez más desposeída relativamente a lo que produce y al monto total de la riqueza usurpada por el capital. Nunca los instrumentos de trabajo y los productos de su trabajo le fueron tan ajenos y oprimentes. El propio automóvil en que circulan numerosos obreros echa varios nudos más a las ataduras que los apresan, mismas que han convertido la sociedad entera en campo de concentración cotidianamente saqueado por sus organizadores, comercio y fisco mediante.

El segundo y más terminante de los dos aspectos mencionados es el totalitarismo político, simultáneamente policíaco y militarista, que ha ido invadiendo el mundo entero, incluso los países en que pervive, carcomida, la democracia burguesa. Por sí sólo, el peso cada vez más abrumador del ejército, producción de gue-



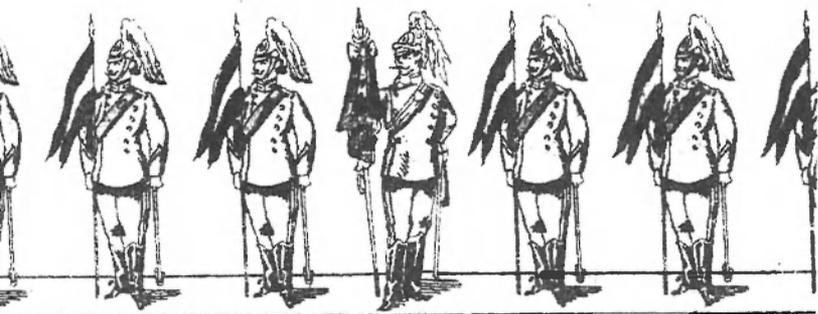
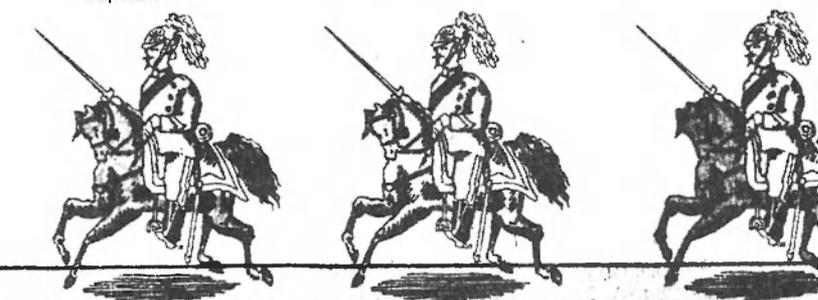
rra y policía representa un factor degenerativo de primer orden en la civilización actual. No se trata únicamente del gasto a pérdida completa que su existencia comporta, mucho mayor de lo que fijan los presupuestos oficiales, ya enorme; tampoco del trabajo baldío, parasitario, perjudicial o criminal encomendado a decenas de millones de personas; lo pero de todo es la función que han adquirido las industrias de guerra, las actividades militares y las policíacas, sin distinción de Bloques ni de regímenes políticos. En efecto, si la industrialización fomentada por el capitalismo nunca fué para el consumo sino a través de la venta de mercancías y del enriquecimiento burgués, con el ingente volumen de la producción bélica —sin olvidar la de los artículos de pacotilla—, conviértese en industrialización por la industrialización, cuya relación con el consumo necesario es cada vez más tenue y falsa. Y por su parte, policías y ejércitos encarnan el poder por el poder de un capital anónimo, superado por la técnica y las exigencias humanas, que se sobrevive a sí mismo como forma de organización social. En el antiguo Egipto llegó un momento en que el culto de la muerte consumía más de la mitad del trabajo de la población. En el capitalismo hogareño no se trata de culto, sino de una práctica industrial y física de la muerte que se aproxima al mismo saldo y que ya es apta para asesinar en pocos minutos a la totalidad de la especie humana.

¿Cómo explicar esos hechos y tal situación, siendo así que la producción de riqueza va en aumento y ha conocido una aceleración importante en los decenios recién pasados?

En ese escollo naufragan, salvo excepción desconocida, todas las tendencias reputadas marxista o anarquistas (1), las «consejistas» comprendidas.

SARROLLO CAPITALISTA

En su concepción, híbrida de materialismo vulgar, crecimiento de la producción y desarrollo son inseparables. En rigor les está vedado hablar de decadencia de la actual civilización mientras no decrezca irremediamente, fuera de crisis temporal, la totalidad de las producciones nacionales brutas y la capitalización se convierta en descapitalización sistemática y generalizada. No caen en cuenta de que antes de abocar a eso tendría que continuar la actual destructividad social del capitalismo durante cincuenta, cien años, dos siglos, imposible saberlo, y de que entonces la revolución social sería mil veces más difícil, o bien imposible. En realidad esas tendencias se desdican a sí mismas, niegan sus propias voliciones revolucionarias implícitamente, desde el momento en que adoptan como criterio económico de positividad el característico del capitalismo: la acumulación ampliada del capital.



HEMEROTECA

SEPT. 1972

Hechas esas salvedades, el lector distinguirá sin equívoco que la relación nociva entre la acumulación ampliada del capital y la sociedad, no proviene de causa exterior o de fatalidad alguna, sino de algo que le es intrínseco hoy. Dicho lo más brevemente posible, proviene precisamente del nivel alcanzado por la acumulación capitalista, desmesurada concentración de instrumentos de trabajo en manos del Estado o de pocas compañías internacionales, que va dislocando y degradando — cuando no depravando — las condiciones de vida material y espiritual de los hombres. En su estadio anterior, la acumulación de capital por los burgueses comportaba un desarrollo numérico, técnico y cultural del proletariado y de la población en general, que por sí sólo consentía mayor libertad a los individuos, independientemente de la democracia burguesa, consubstancial también de la libre concurrencia entre capitalistas privados. El proceso, la relación entre el tipo de civilización y la sociedad se ha invertido. A partir de los grandes trusts internacionales y del Estado industrial y banquero, lo que comportan imperativamente las mismas exigencias de la acumulación, ahora dirigida, es rebajar el nivel técnico y cultural del proletariado, modelar su mente en consonancia con la circulación acelerada de mercancías de pacotilla, bautizada «sociedad de abundancia», ir tronchando libertades en el trabajo y fuera de él, crear un tipo de hombre y de mujer sin personalidad, **normalizado**, blandengue y manoseable a capricho de dirigistas económicos, políticos, sindicales, categorías intercambiables. Hecho innegable: la clase obrera vive hoy mucho más dominada por los detentadores del capital que hace cincuenta años. Incluso su crecimiento numérico, sujeto a discusión, va contrabalanceado por una extensión enorme del trabajo inútil o perjudicial a la sociedad. En el período anterior, rasgo importante a notar, los capitalistas respondían a las conquistas obreras de salario que acortaban la plusvalía, mediante introducciones técnicas que aumentaban la cantidad, la calidad y la baratura de los productos.

Hoy el aumento de salario va asociado, por lo general, a una progresión mucho mayor de la plusvalía, siempre con limitación calculada de la calidad de los productos y encarecimiento ininterrumpido. La técnica es pues utilizada a contrasentido y en detrimento de la mayoría.

Su utilización a fondo, según las conveniencias materiales y morales del conjunto humano, ha venido a ser imposible en forma de capital. Requiere, en efecto, que conocimientos técnicos y cultura en todos sus aspectos dejen de ser privativos de una minoría para hacerse accesibles a todos. Y ésto, a su vez, requiere una disminución muy importante de las horas de trabajo por persona, la supresión de los trabajos supérfluos, la puesta en marcha de los instrumentos de producción con arreglo a una distribución de valores de uso, no de valores de cambio o mercancías. En resumen, precisase suprimir la acumulación ampliada del capital, el trabajo asalariado que es su condición previa, y cuantas relaciones sociales engendran, lo que ha sido la civilización capitalista.

De ahí que la distinción entre desarrollo y crecimiento del capitalismo sea actualmente una noción de primordial importancia, preñada de contenido. Sin ella, cualquier proyecto de lucha revolucionaria queda suspendido en el vacío, mientras que se desaprovechan las posibilidades inmediatas de educación y de intervención subversiva del proletariado o de cualquier otro estrato social. Por otra parte, se idealiza el crecimiento industrial como factor de estabilización y, lo que es más grave, se mitifica la crisis de sobreproducción, confiriéndole el mágico y exclusivo poder de empujar el proletariado a la revolución.

Cierto, nada inconcluso ha dicho Marx al respecto, menos Bakunin. Por ello, cuanto digamos yo u otros será mirado con desdén por cuantos se confinan a ejércitos más o menos eruditos de patristica materialista. Esa es, todavía, una de las formas profanas de los fantasmas religiosos a combatir en las mismísimas filas revolucionarias. Afirmo pues que la acumulación ampliada del capital se convierte en teratológica, en nociva para la sociedad y para la humanidad sin distinción, a partir de determinada correlación entre ella y el Hombre.

No aludo a la nocividad creada por la polución industrial y automovilística, ni a la nocividad agropecuaria de insecticidas, abonos químicos y cebaduras animales, pues el propio capitalismo se verá obligado a ponerles límite, ya que no a suprimirlas. Tampoco significo la supuesta desproporción entre el número de habitantes de nuestro Planeta y sus recursos en productos alibles y en materias primas, nueva maldición divina con que nos amenaza un malthusianismo revivido. La fertilidad del suelo está lejos de ser bien utilizada en cantidad y calidad, mientras que el subsuelo empieza apenas a ser escudriñado. A su vez, la plétora de población de un sistema social no la mide únicamente la naturaleza, sino la interacción dialéctica entre ella y esa otra fuerza natural dotada de subjetividad que es el hombre. Y como el género de asociación entre los hombres mismos constituye parte importantísima de dicha interacción, no tiene nada de quimérico contemplar, en una sociedad sin clases, abastanza completa fundada en el dominio de sí misma, clave del mejor dominio de la naturaleza. La transmutación de la materia a partir del hidrógeno o de cualquier otro elemento, los cultivos y la ganadería enteramente científicos, lo que supone sin comercio de por medio, abrirán horizontes insospechados.



Las crisis cíclicas de sobreproducción han acompañado todo el período de desarrollo del capitalismo. Representaban una avería de su funcionamiento cuya reparación le daba mayor vuelo. El sistema ha aprendido a soslayarlas. Lo que se llama receso se queda en un porcentaje inferior de crecimiento. Mas aunque sobreviniese un desajuste económico tan intenso o más que el 1929, no aparecería como consecuencia forzada —hay que reiterarlo— una situación revolucionaria, ni el capitalismo perdería la posibilidad de reanudar después su crecimiento.

La dialéctica del devenir histórico no pone la revolución social en el orden del día porque balanzas de pagos e inversiones estén desquiciadas, ni porque las mercancías invendidas se abarrotan en cantidades fabulosas y arrojen al paro millones y millones de obreros. Por el contrario, una situación semejante amenazaría ponernos ante graves consecuencias reaccionarias. La última y la más intensa de esas crisis instauró a Hitler, consolidó a Stalin, liquidó lo que quedaba de movimiento revolucionario mundial y desencadenó la guerra.

No, no; lo que origina posibilidad y necesidad de revolución comunista es mucho más profundo que eso, es esencial, no accidental. Reside en el funcionamiento mismo de la civilización capitalista, cualquiera sea el estado de sus negocios. No se trata tampoco de algún aspecto determinado del sistema, sino de todo él, estructuras y superestructuras, la económica, lo político, lo cultural en sus múltiples facetas, las propias costumbres y relaciones entre los hombres que le son propias. Todo ello se ha transformado en restrictivo, inadecuado, obstáculo al florecimiento individual y colectivo. El paro obrero es una de las consecuencias del capitalismo, pero no es él lo que engendra la necesidad de revolución, sino **las condiciones de trabajo, consumo y vida** impuestas al proletariado mundial, el trabajo asalariado, cualquiera sea la paga. Asimismo, la crisis dicha de sobreproducción es o ha sido un bache en la senda del desarrollo industrial, pero no es su aparición, **sino la persistencia del industrialismo capitalista** lo que llama a la supresión del sistema, pues los instrumentos de producción han adquirido sobrada capacidad para liberarlos de su mezquindad mercantil. Y así sucesivamente.

En resumen: la forma asalariada del trabajo está en contradicción absoluta con la capacidad de los instrumentos de trabajo. La separación entre uno y otros, se ha convertido en innecesaria, y por lo tanto es destructora, cualesquiera sean los índices de crecimiento.

He ahí una síntesis de la enorme diferencia entre el economismo mecánico y a las veces pedante de que están aquejados tantos grupos revolucionarios y la concepción dialéctica del devenir histórico. El materialismo sirve a aquellos para convertir el hombre en mero objeto, por no decir juguete de los altibajos de la economía capitalista; la segunda descubre en el proceso de crecimiento capitalista mismo los factores materiales de subversión contra él, y entre todos ellos da la precedencia, el papel decisivo, al proletariado, al hombre, por ser el factor material consciente.

Por lo demás, el crecimiento industrial de países atardados, cual España, estará siempre subordinado al de los países encabezados, y en España igual que en éstos, ha de ser el proletariado quien corte el crecimiento, a fin de entrar en posesión comunista de la vida humana.

Para colmo, en tales países el crecimiento industrial es en primer lugar un crecimiento, en su suelo, del capital americano, alemán, inglés, ruso, chino en algunos casos. Igual da. El proletariado no tiene patria, y los instrumentos de producción una vez expropiados y a su servicio, tampoco.

G. Munis

Septiembre 1972

«Hasta ahora todas las formas de sociedad han sucumbido por el desarrollo de la riqueza o —lo que equivale a lo mismo— por el desarrollo de las fuerzas productivas»

«En el plano de las ideas, la disolución de una determinada forma de consciencia basta para matar una época entera»

«Tan pronto se llega a ese punto (el más alto desarrollo de las fuerzas productivas y de los individuos) toda evolución posterior es declinamiento y cualquier desarrollo nuevo se hará sobre una base nueva»

(Karl Marx: Fondements à la critique de l'économie politique. Tomo II, pág. 33-34)

«El capital y el salariado están ligado uno al otro y juntos desaparecerán»

(Idem, pág. 92)

(1) En *Alarma* no se incluye nunca dentro del marxismo a las facciones stalinistas, pues son de hecho capitalistas estatales, ni a las llamadas socialistas, por ser meramente democrático-burguesas. Tampoco se tiene aquí por anarquistas a las tendencias que, proclamándose, van siguiendo a tanteo la senda de lo que fue reformismo.



TONI NEGRI Y LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

«Es, por lo tanto, evidente que la violencia proletaria no tiene necesidad de exhibirse de un modo ejemplar ni de elegir por sí misma objetivos ejemplares. (...) La violencia es el hilo racional que liga la valorización proletaria a la desestructuración del sistema y ésta última a la desestabilización del régimen. La violencia es proyecto revolucionario efectivo porque la deseabilidad del contenido se ha transformado en forma del programa, porque este último se está convirtiendo en dictadura. ¡Basta ya de hipocresías burguesas y reformistas contra la violencia! Que el sistema capitalista se basa sobre la violencia y que esta violencia no tiene nada que envidiar a la proletaria, lo saben hasta los niños. No es casual, pues, que todos los anatemas burgueses y revisionistas contra la violencia se basen en la amenaza de una violencia mayor. Y todo ello contra los marxistas, cuya doctrina constituye precisamente la superación de la violencia de la historia del único modo que les es posible a los hombres y a las clases superarla: asumiéndola. (...) hablemos con claridad de nuestra violencia proletaria como un ingrediente necesario, central del programa comunista.

Hablemos de ello con claridad porque si la violencia, si su ejercicio proletario constituye la eficacia de la autovalorización proletaria, sólo podemos producir y reproducir el esfuerzo de legitimarla. Legitimar a la violencia es, para los burgueses, construir órdenes jurídicos, económicos, administrativos. Todo orden social burgués es una legitimación de la violencia (...) es esta racionalidad de las necesidades fundamentales lo que determina la legitimidad de nuestra violencia. Una violencia no homologable a la capitalista porque la racionalidad que la rige es absolutamente distinta, alternativa, proletaria. (...) Una violencia contraria a la capitalista, encaminada a destruir el sistema y régimen del capital, basada en la autovalorización de la clase y no igual en intensidad sino más fuerte, más eficaz que la capitalista. Es una condición esencial para triunfar. Una condición obvia.»

(Antonio Negri. «Dominio y Sabotaje».)

Hemos querido reproducir esta larga cita del libro de A. Negri para comprobar fácilmente por qué el capitalismo ha considerado su obra, sus escritos como instigadores a la violencia. En realidad, el terrorismo fácil de las B.R., de ETA, Grapo, etc. etc. es sólo un reflejo de ese otro terrorismo más sutil y más extendido que hemos denunciado continuamente: el terrorismo legalizado del capital.

Contra la violencia gratuita y de «objetivos ejemplares» que define Negri le es muy fácil luchar al capital; él mismo la provoca y él mismo —en cierto modo— la controla; contra las armas puede oponer armas y en más cantidad. Como señala Negri, citando a Marx, entre dos derechos iguales se impone la fuerza. Y, hoy por hoy y de forma puntual la fuerza es del capital.

Contra lo que no es tan fácil luchar, lo que el capitalismo no puede soportar sin reaccionar violentamente (es decir legalmente) es contra las ideas que fruto de un correcto análisis de su propia esencia denuncian su carácter violento y demuestran que se debe oponer a esa violencia otra violencia, generalizada, de clase: la dictadura del proletariado.

Negri y los que como él denuncian el terrorismo del capital y defienden la dictadura del proletariado como forma violenta de anulación del sistema actual son más peligrosos que las armas. Por eso el capital intenta de una u otra forma anularlos; por eso, en ayuda de tan degradante tarea acuden directa o indirectamente los partidos políticos y los sindicatos burgueses. Acabar con este sistema de explotación (capital y acólitos es decir socialismos y comunismos de pactorilla) sólo es posible violentamente. Negri tiene razón.



De Congreso a Congreso

El Partido Socialista Español, delegación «Willy Brandt», va a celebrar en breve su segundo congreso. El primero se caracterizó simplemente por: Intrigas a mansalva, mala leche de izquierdosos de salón, pataleta de Felipe González y mención honorífica para Carlos Marx «el gran ausente».

Tras años y años de historia nauseabunda (los hechos hablan), el PSOE actual se caracteriza por su parlamentarismo ambicioso, sus sueños de grandeza, su sucursalismo socialdemócrata y sus follones internos.

Desde sus inicios el PSOE se ha caracterizado por una luctabilidad sospechosa que le ha permitido sobrevivir felizmente a los rabiosos ataques del «fascismo franquista» lo mismo que sobrevivió al «fascismo primo-riverista»: vendiendo a quien fuese con tal de pertenecer a lo que la historia reconoce como «oposición moderada» (en castellano = «no oposición»). Sus continuos coqueteos con el poder son de sobra conocidos.

Ser considerado el partido de «alternativa de poder» (capitalista, desde luego) ha sido, hasta ahora su mayor éxito. De ahí no ha pasado. En el país de la nueva democracia el más cabrón es príncipe, o, en nuestro caso, «alternativa».

Que Felipe González es un discípulo aleccionado y pagado por la socialdemocracia alemana es algo que nadie puede dudar en este país. Y que, finalmente (de momento), en el seno del PSOE existen follones provocados por el liderismo del bello Felipe y el «super-Conesa» Guerra, lo reconocen hasta los más incautos militantes de base.

Lo cachondo es que estas características de un tal «partido obrero» que necesariamente deben provocar luchas, contradicciones y enfrentamientos entre militantes, líderes y jefazos, se han circunscrito en torno a la figura de un inocente (por lo menos en este caso) Carlos Marx.

El pasado Congreso presenció dos notas características:

Por un lado la oposición a Felipe (tras su magistral «cagada» de que Marx era poco menos que un subnormal que sólo decía tonterías) se aprovechó de la ocasión y sin ninguna intención de defender el marxismo atacó a los líderes casi inamovibles del partido: Felipe y Guerra.

Estos se defendieron atacando de inconscientes a los «radicales» y afirmando los aspectos más capitalistas de sus capitalistas teorías, cuyo resumen —y no es broma— podría ser: Marx está superado; no sólo no existe la lucha de clases, el internacionalismo proletario y demás cosas odiosamente revolucionarias, sino que hoy, lo que se debe hacer es defender el sistema capitalista que es en definitiva quien les mantiene, en marcos y en pesetas.

La situación actual, tras un compás de espera es la siguiente: Felipe González se mantiene en sus posiciones antimarxistas... y la oposición ataca al líder andaluz por sus gilipolleces, por su afán de protagonismo y sin duda por que ha visto que el socia-

lismo descafeinado que así defiende es algo **indefendible** ante los trabajadores. El fracaso en las últimas elecciones es imperdonable en un partido que, a priori, estaba considerado como el gran favorito.

La pelota está en el tejado. ¿Quién vencerá en el próximo Congreso?

Sin duda alguna el gran vencedor será Felipe González (lo contrario sería sólo por molestar a los que afirmamos esto). Volverá a ser elegido Secretario General, los «radicales» se someterán a la disciplina de partido... y el capitalismo español seguirá disfrutando de una oposición seria y moderada que no le molestará más que cada final de mes, a la hora de cobrar.

¿Milagro?, No; la solución de «compromiso» ha sido ya hallada; los también socialistas de pacotilla del PSC, como buenos catalanes, han encontrado la fórmula intermedia: si a Felipe en la práctica y sí a Marx en la teoría. Total, la teoría no tiene nada que ver con seguir disfrutando de una posición privilegiada, de unos apoyos económicos del extranjero y no obliga a defender a la clase obrera frente a los amos capitalistas.

Quién saldrá perdiendo, qué duda cabe, es la clase obrera que embaucada por el PSOE y su falsa democracia interna, seguirá confiando en sus líderes y **esperará** de ellos la solución a sus problemas sociales. ¡Qué desilusión!

Seguro que en estos momentos poco (por no decir nada) importa si el PSOE se declara marxista o no —¡que Marx no es la revolución, señores!—; lo realmente importante es que, triunfe el socialdemócrata Felipe o los radicales marxistas, el PSOE seguirá siendo un partido de oposición burguesa y defensor por lo tanto de los intereses capitalistas en contra de la clase obrera

Sobre todo, en **contra de los intereses de la clase obrera**.

¿A qué viene el discutir si se es o no marxista? La discusión es falsa desde su inicio si ninguna de ambas partes está dispuesta a admitir de Marx lo importante:

Lucha de clases; ruptura violenta del sistema capitalista (lo que implica abandono del electoralismo y del parlamentarismo); cambio del poder burgués por la dictadura del proletariado y necesidad del control económico, social e ideológico de la **sociedad entera** por la clase obrera.

Lo demás son zarandajas sin importancia; es olvidar que lo importantes es la revolución; claro que el pensar que el PSOE es un partido revolucionario es desconocerlo totalmente: ha sido y será un partido defensor del capitalismo en tanto en cuanto que de él ha vivido y gracias a él existe.

Seguro: en el próximo Congreso del PSOE quien saldrá perdiendo no será la imagen sacramente utilizada de Marx; será —con todas sus consecuencias— la clase obrera.

Y que conste que quienes esto afirmamos somos marxistas —pese a quien pese— porque pertenecemos a la clase obrera.

Rutina y revolución (V)



Sin normas... contra las normas.

Aquí, en esta sociedad, ya no se aclara nadie. Todo, absolutamente todo está mistificado en honor y provecho de oscuros (al parecer) intereses. El vino ya no es vino; los alimentos son de plástico; el plástico es de patata; el acero es mantequilla... la lucha entre los grandes estados por ampliar su ámbito comercial se denomina «guerra fría» o se la presenta con la vistosa envoltura de «lucha de liberación nacional»... los intereses capitalistas se disfrazan con el sobrenombre de «social-demócratas» para asombro y satisfacción de papanatas y boquiabiertas pseudopolíticos de segunda fila, ignorantes de hacer el juego al monstruo sagrado del capital... en los partidos menos marxistas que pueda imaginarse se organizan peloterías increíbles por afirmar que son marxistas (incluido el pataleo de rigor del malcriado y chuleta líder de turno)...

Esto es el mundo del despropósito, del disparate abracadabresco de Valle-Inclán. Los sindicatos se presentan como defensores de los intereses de los trabajadores frente al capital; las huelgas son tímidos pucheros de novicias ursulinas; la televisión ataca violentamente el terrorismo de Eta o de Grapo o de los misteriosos anarquistas de folletín de principios de siglo, olvidándose (con toda la mala leche del mundo y siguiendo una lógica aplastante) del terrorismo del capital sobre toda la sociedad... la CNT ya no sabe si es un sindicato de revolucionarios o una logia masónica donde el cabildeo, las intrigas y el misterio se unen en la noche ciega de sus incongruencias políticas...

Casi todo está mixtificado, cambiado, disfrazado y lo peor es que la mayoría acepta resignada este engaño. Nadie es capaz de quitarse las gafas multicolores de la ideología democrática y aceptar ver la sociedad tal como es.

Frankenstein nos es presentado como una Farrah Fawcett-Majors cualquiera y todos tan tranquilos.

El capital en cuyo provecho se realiza esta mixtificación está logrando plenamente sus objetivos. Su incapacidad para ofrecer a la sociedad una salida al caos social y económico está siendo subsanada por nuestra propia ceguera o, lo que es peor, por nuestra cobardía frente a los ideólogos del capital: los líderes políticos de tinte democrático que defienden descaradamente los intereses nada oscuros de sus jefes, los capitalistas; los líderes sindicales que presentan a la clase obrera una imagen de los sindicatos que en modo alguno corresponde a su auténtica naturaleza o su finalidad; los revolucionarios de pacotilla, de salón o de Las Ramblas que ante todo sobre todo mantienen sus esquemas en el estrecho marco de la legalidad burguesa y cuyo acto más «revolucionario» es el inocuo «petardo» fumado ostentosamente en sus cubículos de conspiradores de opereta. Hasta estos «pasotas sociales» están voluntariamente engañados por el sistema comercial que dicen desdeñar: ¡cuántos orgasmos metafísicos y cuántas paridas ideológicas no habrá provocado un «porro» fabri-

cado con piel de patata y comprado en el mercado libre de la Plaza Real como «de lo más puro»!...

Lo dicho: pura filfa. San Carrillo — por que a ese lo canonizan, oiga, seguro— inventa el descafeinado de eurocomunismo y en plan de desmadre va Lidia Falcón de profesión sus orgasmos y se saca de la manga el invento del Partido Feminista. Ya está. El summun de la perfección en lo de dar el camelo. La lucha de clases se transforma ahora en lucha de sexos. Sin comentarios.

Por eso, siente uno como una bocanada de aire fesco cuando alguien se sale realmente de la rutina diaria, del conformismo ideológico, del pacifismo práctico, del aborregamiento total y se enfrenta a toda la sociedad llamando a las cosas por su nombre y luchando a su aire, sin normas... contra las normas.

El pasado 24 de Junio se celebró en todo el mundo capitalista degenerado de Occidente el día del «orgullo Gai». (En los supersocialistas países de capitalismo de estado no se celebró dicho día por que en ellos los homosexuales no existen por decreto).

En Barcelona la cosa iba de procesión; una extraña procesión de marginados sociales — prostitutas, homosexuales, lesbianas, etc— encabezada por los mismos que defienden el orden burgués que los margina: PSC, PSUC, LCR y demás partidos de la oposición seria y moderada.

Maquiavélico: los que rechazan encabezando a los rechazados en su protesta contra el rechazo. Maquiavélico pero normal en este país. Así la cosa quedaba de lo más fino y educado. Los reprimidos pidiendo por caridad que no se les reprima. Manifestación pacífica de marginados sociales, guiados de sus represores para recordar una acción violenta.

Mucha pancarta, mucho antimachismo, muchos gritos... y poca lucha. Aceptar que se es marginado sin luchar es someterse a estarlo siempre.

Por el contrario, los travestis que se manifestaron violentamente, sin procesión ni parlamentarios ni partidos ni hostias (que no, que no; que la cosa no va de caridad cristiana ni de leyes ni de permisividad social, que la cosa es más seria...) recibieron palos, pelletazos de goma y sintieron en su propia carne los efectos de esas leyes represoras que los otros, los de la manifestación pacífica, se limitaron a corroborar con su borregada.

Seguro: el día del «orgullo gai» no es la revolución pero es una manifestación más de la podredumbre social del sistema. Y si algo puso en crisis el sistema ese día, aquí en Barcelona no fue la manifestación parlamentaria sino la legalidad descabellada de los travestis que se sacudieron la legalidad de encima y supieron llamar a las cosas por sus nombres: represión y violencia y oponerse a ellas con las únicas armas posibles: no memorándums o partidos feministas o manifestaciones de castrados sino con la violencia y la lucha, con el enfrentamiento abierto a la rutina y la docilidad ideológica.



Es éste el que se ha impuesto policíacamente a las masas y continua desde el poder, ya secundado por el ejército anterior y por los «arrepentidos» de la policía del Chah, humildemente prosternados a los pies del santón Komeiny.

Ninguna medida revolucionaria ha sido tomada. Incluso las ejecuciones de responsables de los crímenes anteriores tiene un carácter siniestro, criminal también como las ordenadas hace decenios por los «tribunales» encapuchados del Ku Kux Klan yankee (otros adoradores de dios), o en la Edad Media por tribunales secretos. Estamos presenciando la substitución de una tiranía por otra, no menos repulsiva.

No podrá hablarse de movimiento revolucionario mientras la clase trabajadora en acción independiente no ataque a los representantes del islam y profane sus mezquitas. Toda la riqueza del país caerá entonces en sus manos.

IRAN

El Ku Kux Klan de Alá-Komeiny

La iglesia mahometana, hoy una de las más obtusas y reaccionarias del mundo, cuenta en todo el país con:

80.000 mezquitas

1.200 ayatollhas ordinarios y otros de jerarquía alta, los oznas

160.000 mollahs, especie de curas

Suponiendo modestamente que los mollahs puedan poner en danza una media de 20 personas, entre familiares y fanáticos chiitas, la multiplicación arroja 3.200.000 sujetos como fuerza manifestante, encuadradora y policiaca.

Población, 35.000.000.

La jerarquía de oznas y ayatollhas dispone pues de un mullah por cada 100 habitantes y pequeña fracción, sin descontar ancianos y niños de baja edad.

Las 80.000 mezquitas, lugares sagrados inviolables incluso para la policía del Cha, podían abrigar depósitos de propaganda, imprentas, arsenales o fábricas de armas... lo que fuere.

Tal es el secreto, mucho más importante que el odio de la población a la monarquía, de aquellas manifestaciones interpretadas por unos como milagro de la fe religiosa, y por otros como una agitación revolucionaria **impuesta** por las masas al clero islámico.

ALARMA

BOITE POSTALE 357
75625 PARIS

CEDEX 13

NUESTRAS PUBLICACIONES

Jalones de derriota	40,00 Francos
Les syndicats contre la Revolution	14,00 Francos
Pro-segundo manifiesto Comunista	18,00 Francos
Parti-Etat	13,50 Francos
Llamamiento y exhorto a la nueva generacion	3,00 Francos